

Portada de *El canto errante*.  
Rubén Darío (1907).  
Archivo-Biblioteca de la  
Casa-Museo Tomás Morales.  
Cabildo de Gran Canaria.

- **DARÍO, Rubén:** *El canto errante*. Madrid: M. Pérez Villavicencio, 1907. 188 p.; 19 cm (Biblioteca nueva de escritores españoles). [Encuadernación: Tapa dura. Lomo en cuero con guirnaldas troqueladas, título y autor en cuero rojo y guardas en ocre con agua roja.].

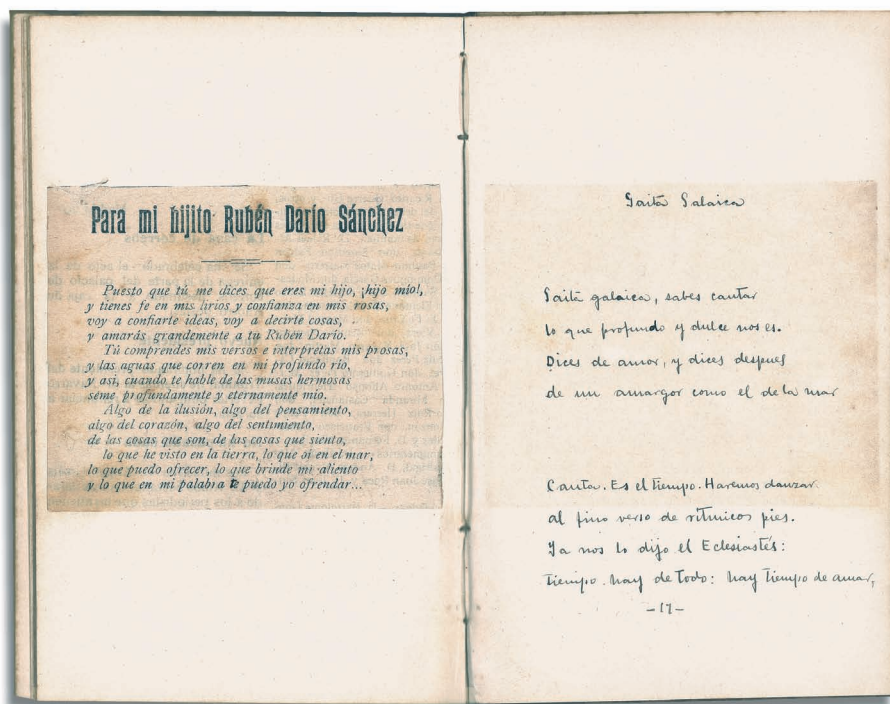
Llega a la Casa Museo Tomás Morales, para enriquecer la colección de libros y documentos que una vez pertenecieron al poeta Tomás Morales, esta primera edición de *El canto errante* de Rubén Darío que formó parte de su biblioteca. En la blanca anterior de la portadilla vemos escrito en el margen superior izquierdo, “69 Tomás Morales”, o sea el volumen número sesenta y nueve, a mano y en su inconfundible grafía. Rescatado por un probo funcionario del Cabildo de Gran Canaria en la calle, esta nueva adquisición fruto del azar reviste pues tintes novelescos, mas su valor y rareza se incrementan al comprobar que se trata de un volumen “transformado” por Tomás Morales.

Aprovechando dos series de blancas, la primera tras “El soneto para el Sr. D. Ramón del Valle-Inclán” (página 167) y la segunda tras el poema final “Los piratas” (dieciocho páginas) y otras blancas correctas entre poemas, Tomás Morales transcribe tres poemas procedentes de otros libros de Darío y pega o inserta recortes de prensa con textos impresos del vate nicaragüense.

Inserta en las primeras seis páginas el poema “Santa Helena de Montenegro”, impreso en 1905 dentro de la recopilación que comprendía *Cantos de vida y esperanza*; en el segundo grupo de blancas a partir de “Los piratas”, trans-

cribe “El poema del otoño”, que daba nombre al libro *Poemas del otoño y otros poemas* (Biblioteca Ateneo, Madrid, 1910), paginando cada una de sus páginas de la una a la quince en la franja inferior, e inscribiendo el título en mayúsculas, tanto en la antepresenta, como al final del índice de *El canto errante*, en un rasgo enigmático de “completud” o de la acumulación sinérgica del valor lírico sobre una obra existente; “Gaita Galaica”, también de este libro posterior, se transcribe en la diecisiete y la dieciocho. A estos actos de meditada transcripción se añaden los recortes pegados o encartados. Tal es el caso de “A Francisca” que aparece encartado frente al poema “Querida de artista”, “El clavicordio de la abuela”, adherido y doblado en la página anterior a “El poema de otoño” (proveniente a su vez de *Poema del otoño y otros poemas*, y “Para mi hijito Rubén Darío Sánchez”, que figura también pegado en la página anterior al último verso transcrito, “Gaita Galaica”. Tomás Morales embute en su ejemplar de *El canto errante* otras lec-

Recorte de prensa  
 “Para mi hijito Rubén Darío Sánchez” por Rubén Darío, en el pliego de páginas blancas, p. 16; y transcripción de Tomás Morales de “Gaita Galaica” de Rubén Darío, en el pliego de páginas blancas, p. 17.  
 Archivo-Biblioteca de la Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.



turas que singularizan el volumen y lo transforman en un texto de archilector, que abarca seis años de lectura, desde 1905 hasta 1910. Sabemos, por fechas de la época que se mencionan en el recorte de “El clavicordio de la abuela”, que se trata de un poema de Darío publicado en la prensa de Gran Canaria.

Así el mero volumen del poemario se convierte en un *working book*, un libro referencia en que el poeta grancanario complementa el efecto y la recepción de *El canto errante* con otros ejemplos de la lírica de su admirado compañero. Quizás los poemas recortados de periódicos se insertaran por pura casualidad de haberlos leído y encontrado, sumando al documento base otras lecturas y documentos afines, y quizás los poemas manuscritos en el inusual número de blancas disponibles reflejan la selección cualitativa personal de Morales. Más allá de esta sencilla lógica no podemos especular. Misterio a resolver es también el hecho de que una edición correcta y profesional como ésta tuviera tan elevado número de páginas blancas, sobre todo el segundo grupo (dieciocho páginas después del poema final). ¿Podría tratarse de un ejemplar defectuoso? ¿Podrían haberse insertado las páginas a la hora de encuadrar el libro y cambiar su formato de rústica a tapa dura? Tampoco lo sabemos, aunque la uniformidad y el deterioro del papel apuntan a la primera hipótesis del error en la división del pliego.

Lo fundamental que este libro nos transmite es el amor y el respeto casi fetichista que le profesaba Tomás Morales a aquél que fue modelo y símbolo de sus más altas aspiraciones poéticas, pues la sobreescritura de un texto revela siempre la interacción simbólica entre el maestro y el seguidor, la manera de marcar la huella propia en la obra constituida del otro. ¡Y qué bien acertó Morales! Como supo distinguir y apropiarse de esa comunidad de intereses atlánticos-internacionales y panhispanos que emanan los versos de *El canto errante*. Entre las rutas colombinas, el vasto atlántico, el volcán Momotombo, las ansias libertarias de las naciones, Europa vista por el ojo americano y Canarias, hay

mucho más que una afinidad superficial. En estos poemas tan diversos de Darío latía una escala y una concepción global de la historia que había desaparecido de la vieja Europa, un crescendo narrativo y una visión inmensa de las cosas que Tomás Morales hizo suya en su trágicamente corta existencia.

*El canto errante* de Rubén Darío nos brinda un último enigma que hallamos en la página de dedicatoria. Darío dedica el libro “A los poetas de las Españas”. El resto de esta página está cortada a tijera, y fue arrancada a propósito. ¿Sería porque alguien (no sabemos quién) quiso guardar o hurtar una dedicatoria de Rubén Darío a precisamente un poeta joven de las Españas? ¿Sería este ejemplar autógrafo la prueba de que se habían conocido? Quizás debamos esperar a que surja una nueva casualidad, como ha surgido este valioso libro, un libro entre poetas.